

DEMOCRACIA

SEMANARIO REPUBLICANO FEDERAL

ÓRGANO DEL PARTIDO REPUBLICANO FEDERALISTA DEL DISTRITO DE VILLANUEVA Y GELTRÚ

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN	PRECIOS DE LOS ANUNCIOS (Pago adelantado)
Un mes : : : : : 0'50 pesetas.	Centro Republicano Federal, Plaza Constitución número 13, Villanueva y Geltrú. Insértense ó no los escritos que se remitan á la Redacción, no se devuelven los originales	En primera plana, 0'20 pesetas linea
Un trimestre : : : : : 1'50 "		En tercera " 0'15 " "
Número suelto : : : : : 0'10 "		En cuarta " 0'10 " "
NÚMERO ATRASADO: : : 0'25 "		Comunicados 0'20 " "
		Rebaja á los suscriptores y según el número de inserciones.

Leyenda antigua de actualidad

A los amigos de DEMOCRACIA.

Erase en tiempos muy remotos. Mahoma perseguido por los suyos, atravesaba montado en su yegua una planicie del desierto arábigo, camino de Medina.

El sol trasponiendo la línea del horizonte, teñía con sus rojos fulgores las arenas y guijarros del desierto. Parecía que la tierra acababa de salir de un baño de sangre.

Solo, apurada la última gota de agua de su odre, el Profeta escrutaba con la mirada los ámbitos de la infinita llanura buscando una tienda amiga.

Guiado por una leve humareda que se escapaba tras unos peñascos lejanos, llegó á presencia de un árabe, que se preparaba á pasar la noche defendido del frío relente que sucede á los días caliginosos del desierto, por el calor de una mísera hoguera de estiércol de camello.

—Alah te guarde, hermano.

—Que él sea contigo, caminante.

—Mi yegua está sedienta y por mi boca abrasada no ha entrado alimento hace dos días.

—Acércate á la lumbre y compar-tirás mis provisiones.

Saciada su hambre y apagada su sed, Mahoma venciendo el cansancio de la jornada, quedóse sentado entregado á sus sueños de redentor. Algo extraordinario notaría el árabe hospitalario en la mirada de su hués-

ped, que rompiendo la tradicional reserva de los hijos del desierto, le preguntó quien era.

—Soy el que predica la unión de los buenos para vencer á los malos: el que enseña que no hay más que un Dios: el que quiere levantar á todos los hijos de Agar para conquistar el mundo.

—Dichoso tú que con fogosa palabra logras enardecer los ánimos de los habitantes del desierto, que sintiéndote animado por el soplo de Alah vas reuniendo á los dispersos para enseñarles el camino de ser eternamente felices. Larga es tu tarea pero presiento que la victoria coronará tus esfuerzos. En cambio yo...

—¿No eres feliz acaso? ¿No te basta la independencia del desierto sin otro dueño que tu voluntad y sin más ley que tu cimitarra? ¿Ambicionas los palacios de las lejanas ciudades?

—No, contestó el árabe. Pero mi patria no es el desierto. Nací en la Arabia feliz, á la sombra embalsamada del árbol de la mirra transcurrieron felices los años de mi juventud, hasta que una terrible enfermedad diezmó á los de mi tribu y me arrebató casi todos mis deudos. Un sabio brahman venido de más allá del Ganges, aseguró que no había contra aquella dolencia otro remedio que el agua que brotaba de una fuente en la falda del Sinai. Para salvar á los míos, emprendí esta larga excursión. Negro era entonces mi cabello y negra mi bar-

ba. Fáltame todavía la mitad del camino y ya las canas han invadido mi cabeza.

—¿Cómo has empleado tanto tiempo en recorrerlo?

—Al emprender el viaje salíeronme al paso una manada de perros. Cansado de escuchar sus ladridos les perseguí hasta ahuyentarles; dedicado á su persecución perdí el camino.

—¿Que importan los ladridos de los perros cuando se persigue un noble fin? También á mí, como á otros muchos caminantes, han intentado detenernos con sus aullidos pero ha sido en vano. Monta tu camello antes no te abandonen las fuerzas y con la vista fija en el objetivo de tu viaje, desprecia estos viles animales.

Al romper la aurora se separaron los dos viajeros. Hacia el Sinai encaminó sus pasos el árabe del camello, mas despreciando los consejos del Profeta, se extravió nuevamente persiguiendo los perros ladrones y la muerte le sorprendió en el camino.

En cambio Mahoma, montado en su yegua, atravesó repetidas veces el desierto. En vano los perros intentaron desviarle de su ruta. Firme sobre su silla anduvo de pueblo en pueblo y de campamento en campamento y al imperio de su voz se agruparon los hijos del desierto y conquistaron ciudades y campiñas.

En tanto los perros seguían ladrando. Pero sus aullidos se perdían en el desierto mientras Mahoma se guía su marcha triunfal.—ARTEMIO.